

establecer un consenso doctrinal. Otras veces se abordan cuestiones muy prácticas de la vida interna de las comunidades. Las escribían para informarse mutuamente de acontecimientos eclesiales, compartir sus experiencias, sus preocupaciones o dificultades, o reforzar aspectos esenciales de su ministerio pastoral, como el cumplimiento de la disciplina y la autoridad frente a los predicadores carismáticos.

Los obispos de los tres primeros siglos fueron sin duda unos grandes comunicadores, que impulsaron el género epistolar y lo diversificaron. No podemos perder de vista que las cartas fueron el primer medio de comunicación en la edad antigua y el primer vehículo de transmisión de la autoridad, también en el ámbito político del Imperio. Las cartas «circulares» se multiplicaron en la Iglesia después de la edad apostólica. En el siglo II aparecieron las cartas «católicas», que abordaban cuestiones que afectaban a toda la Iglesia; las cartas de «comunión», que atestiguaban la legitimidad de un obispo, como un sistema de certificación recíproca: comu-

nicación de una elección episcopal y testimonio de comunión con el elegido; cartas de «excomunicación», en las que se comunicaba o informaba de la expulsión de algún miembro de la comunidad. En el siglo III encontramos las cartas «festales», propias de Egipto, que crean todo un ritual de correspondencia recíproca entre los obispos. Finalmente, también están las cartas «sिनodales», en las que se abordan cuestiones doctrinales y disciplinares, testimoniando un progresivo reforzamiento de la unidad de las iglesias locales.

En definitiva, estamos ante un buen estudio de este género comunicativo tan empleado por los pastores de los primeros siglos, que al margen de la espléndida información de primera mano que aporta sobre la vida de la Iglesia, constituyó un verdadero medio de «construcción» de la misma unidad eclesial, del edificio gigantesco de la Iglesia Católica, en cuanto que creaban comunión por medio de la comunicación.

Juan Antonio GIL-TAMAYO
Universidad de Navarra

Peter BROWN

The Ransom of the Soul. Afterlife and Wealth in Early Western Christianity

Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) – London 2015, 288 pp.

Peter Brown, profesor emérito de historia en la Universidad de Princeton, es conocido por obras como *The Body and Society* (1988) y *Through the Eye of a Needle* (2012) en las que, con un acercamiento interdisciplinar, analiza aspectos claves de la historia del cristianismo. La presente obra –esencialmente fruto de tres conferencias que impartió en 2012, en el Institut für die Wissenschaften vom Menschen (Vie-

na)– tiene la misma impronta. Estudia el desarrollo de la concepción cristiana de las relaciones entre vivos y difuntos, en el cambiante contexto histórico, social y económico de los siglos III al VII. Su mirada está restringida al cristianismo occidental que transita desde el mundo antiguo al medieval.

Brown estudia primero (en el capítulo introductorio) las concepciones escato-

lógicas de autores del norte de África del siglo III como Tertuliano y Cipriano, cuya mirada parece más centrada en los mártires –y su inmediata recompensa celestial– y en la posible cercanía del Último Día. Luego pasa a considerar (caps. 1 y 2) las ideas sobre la suerte de las almas de los difuntos prevalentes en las comunidades cristianas de Roma, Egipto, Siria, Mesopotamia y África, ideas cuyo desarrollo en los siglos IV y V anduvo parejo con la creciente «demora» del día de la resurrección y del juicio. A este desarrollo S. Agustín aporta su propia síntesis, en forma de una distinción triple de situaciones *post mortem*: bienaventuranza para los santos (*valde boni*), reprobación para los malos (*valde mali*), y una situación intermedia para los mediocres (*non valdes*), estos últimos susceptibles de ser aliviados por las oraciones y los sacrificios de los vivos. Brown estudia después (caps. 3, 4 y 5) las ideas y prácticas de los cristianos en Galia en los siglos V y VI. En este periodo la convicción de la utilidad de la oración de los que viven en el «más acá» a favor de las almas en el «más allá» alentó a una notable generosidad en las dádivas a instituciones eclesíásticas que oraban por los muertos y en las limosnas a los pobres (vistos como la personificación de Cristo). Según este cuadro de la época, el doble fenómeno del aumento del patrimonio de las instituciones eclesiales y del florecimiento de obras a favor de los pobres tiene una raíz común, escatológica.

Resumamos ahora algunas tesis de fondo del libro de Brown, que tienen especial relevancia.

1) La época estudiada estuvo marcada por el desarrollo de una cosmovisión religiosa dominada por las nociones de pecado, castigo y premio. A su vez, esta visión estaba fundamentada en dos doctrinas de la antropología cristiana: la libertad huma-

na y la inmortalidad del alma. Tales doctrinas dan lugar, en palabras del autor, a «una democracia de las almas», sistema en el que le resulta posible a cada ser humano elaborar con sus acciones y elecciones un «conglomerado moral» a lo largo de su vida terrenal, que lleva consecuentemente a un estado escatológico.

2) Dentro de este cuadro, tanto los vivos de la tierra como los difuntos «medianos» (i.e. ni bienaventurados ni condenados) son vistos como en un estado inacabado, con sus suertes mutuamente imbricadas. Así, con el paso de los siglos, se agudiza la necesidad que sienten los vivos de socorrer de alguna forma a los difuntos.

Vale la pena mencionar otras impresiones que se desprenden del libro de Brown, aunque él no se detiene a desarrollarlas: por ejemplo, la naturalidad con que los cristianos manejaban la noción del alma inmortal (a la vez que vivían la esperanza de la resurrección), y practicaban la costumbre de orar los difuntos (basada en la necesidad de remediar la imperfección moral de estos, evocando la práctica mencionada en 2 Macabeos 12).

Estas y algunas ideas más quedan esbozadas, pero no exhaustivamente argumentadas, en el corto libro de Brown, que seguramente dará lugar a ulteriores discusiones e investigaciones. El autor afirma que no pretende tratar el «qué» sino más bien el «cómo» de las creencias y prácticas del cristianismo occidental referentes a los difuntos. Y ofrece su ensayo más como historiador de la religión que como teólogo, dejándonos el reto de distinguir con mayor detalle qué elementos pertenecen al flujo cambiante de la historia y cuáles al desarrollo orgánico de la escatología cristiana.

José ALVIAR
Universidad de Navarra